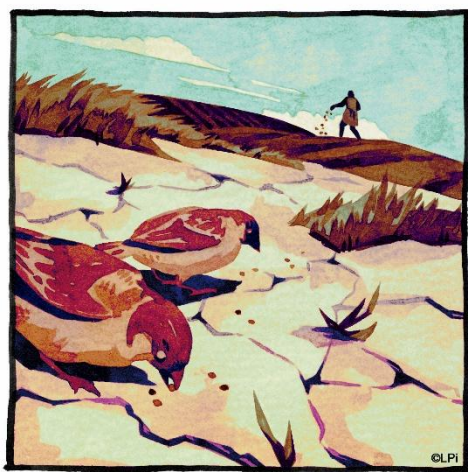


A la generación emergente y a todo el Pueblo de Dios

Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

En cada época, el Señor no abandona a su Iglesia. Él continúa hablando, llamando y formando un pueblo capaz de vivir el Evangelio en las realidades concretas de su tiempo. El Espíritu Santo nunca guarda silencio en la historia; sigue suscitando generaciones que llevan consigo tanto el peso como la promesa del futuro.

Hoy nos encontramos ante una generación —Gen Z y Gen Alpha— que crece en un mundo marcado por cambios rápidos, saturación tecnológica, confusión moral y una profunda hambre espiritual. No debemos acercarnos a ellos con sospecha ni con admiración ingenua, sino con verdad pastoral: son jóvenes dotados de dones y, al mismo tiempo, heridos; capaces, pero aún en búsqueda; valientes, aunque muchas veces sin raíces firmes.



I. Una generación en búsqueda de la verdad

Muchos jóvenes hoy rechazan lo artificial y anhelan autenticidad. Están cansados de las contradicciones entre las palabras y las acciones, especialmente en la fe, el liderazgo y el testimonio moral. Este deseo no representa una amenaza para el Evangelio; al contrario, puede convertirse en un lugar privilegiado de encuentro con Cristo, quien es “el camino, la verdad y la vida” (Jn 14,6).

Sin embargo, esta búsqueda suele estar marcada por la inestabilidad. La verdad se reduce al sentimiento, la convicción a preferencia personal y la identidad a una construcción individual. Sin estar arraigada en Cristo y en su Iglesia, la autenticidad corre el riesgo de convertirse en una subjetividad sin fundamento.

II. Heridos por la distracción y la soledad

Debemos también hablar con honestidad: muchos jóvenes se forman en un ambiente de ruido digital constante, comparación permanente y atención fragmentada. Bajo la apariencia de conexión, existe una profunda experiencia de soledad, ansiedad y desorientación.

La Iglesia no puede ignorar estas heridas. Debe reconocerlas, acompañarlas y ayudar a sanar a quienes las padecen. Cristo no se limita a afirmar los deseos humanos; Él sana el corazón.

III. Dotados de creatividad y valentía

Al mismo tiempo, reconocemos dones auténticos en esta generación: creatividad, innovación, compasión hacia los que sufren y un fuerte deseo de justicia. Muchos jóvenes no son simples espectadores de la historia, sino protagonistas en la construcción de la cultura, la tecnología y la conciencia social.

Estos dones no son fruto del azar. Han sido confiados por Dios y deben orientarse hacia lo verdadero, lo bueno y lo bello. La creatividad sin fundamento moral se convierte en ruido; el valor sin verdad se convierte en confusión.

IV. La necesidad de la conversión en Cristo

Queridos jóvenes, la Iglesia no existe solamente para acompañarlos en sus preguntas; existe para conducirlos al encuentro con Cristo vivo.

Jesús no solo confirma su camino: los llama a la conversión.

La conversión no es el rechazo de lo que son, sino la revelación de aquello que están llamados a ser por la gracia. Exige arrepentimiento, disciplina, oración, vida sacramental y la humildad de dejarse formar, no solamente para expresarse, sino para ser transformados “mediante la renovación de su mente” (Rom 12,2).

Sin Cristo, la libertad se vuelve frágil. Con Cristo, la libertad da fruto.

V. Una palabra a la Iglesia

A los pastores, padres, educadores y líderes: no estamos llamados a temer a esta generación ni a halagarla, sino a formarla.

La formación exige verdad dicha con amor, disciplina ofrecida con misericordia y acompañamiento arraigado en la fidelidad al Evangelio. Los jóvenes no necesitan una Iglesia que imite al mundo; necesitan una Iglesia que dé testimonio de Cristo.

Debemos ser testigos antes que maestros, y servidores antes que autoridades.

Conclusión

Caminemos juntos en la verdad y la caridad. Que la Iglesia sea siempre un lugar donde las preguntas sean acogidas, pero también donde las respuestas sean ofrecidas con valentía en Cristo.

Que ningún joven crea que está abandonado, y que ningún pastor falte a su deber sagrado de guiar al rebaño que le ha sido confiado.

El Señor no está ausente de esta generación. Ya está obrando en ella, llamando a los corazones de la confusión a la claridad, de la fragmentación a la comunión y de la auto-construcción a la dignidad de la filiación divina.

Que la Santísima Virgen María, Madre de la Iglesia, interceda por nosotros y acompañe a los jóvenes con su cuidado maternal, para que permanezcamos fieles a Cristo en nuestro tiempo.

En Cristo, nuestra Esperanza,
Padre Vilaire Philius
Párroco